

Natalicio de Santa María Goretti

*Martín Caicedo Solarte*¹

(16 de octubre de 2018)

El amanecer del 16 de octubre de 1890, en Corinaldo (Italia), debió estar sembrado de estrellas y luceros que miraban a la tierra con tiernos parpadeos, fulgurando desde el inmenso piélago del cielo luces con resplandor de plata, porque había llegado al hogar de don Luis Goretti y Assunta Carlini, la pequeña *Marietta*, como cariñosamente la llamaban en el hogar de una familia campesina, adornada, no con riquezas, sino con la fe del que cree que en el Madero Santo de la Cruz pende el Cordero Inmaculado, cuya sangre fue derramada como expiación de los pecados del mundo.

En la pila del bautismo la llamaron *María*, nombre que nació en la mente del Creador cuando en su corazón nació el amor. *María*, palabra que evoca Pesebre, Cruz y Sagrario. *María*, vocablo que da seguridad de cielo.

Cuenta la historia que la pequeña y linda *Marietta*, tenía el color del oro en sus cabellos y el color de la miel en sus ojos, cuyo fulgor era la *luz de amor* para sus seis hermanos. Para ellos hizo el papel de madre, maestra y ángel guardián, porque a la edad de 10 años pierde a su padre a causa del paludismo, obligando a su madre a alejarse del dulce hogar donde se amasaba el pan del amor y se musitaba plegarias, al caer la noche, que en dulces campanadas llegaban al cielo.

El trabajo de la niña María empezaba con la aurora de cada día, no solo en el hogar sino en los trigales, donde su rubia cabellera se confundía con las espigas doradas por el sol y en las parcelas repletas de viñedos, acariciando diariamente su fruto como el precioso símbolo de la vida y del martirio.

Corrían los días, los años y la pequeña María, cual corola que se abre esplendorosa y fragante en la dulce primavera de la vida, se iba engalanando con la belleza y ternura de cielo. Su corazón era la morada de Jesús Sacramentado, innumerables serían las veces que Jesús la miraría desde la Hostia Sagrada con inmensa ternura porque su vida estaba llena de Dios y, como sol, la pequeña *Marietta* irradiaba luces de aura redentora, virtud, sacrificio y perdón.

Dios había preparado el corazón de María para la santidad, “prefiero la muerte antes que manchar mi alma de pecado”, era la diaria promesa que brotaba de su puro y tierno corazón.

El cinco de julio de 1902 el enemigo estaba al asecho, el maligno se había apoderado del corazón de Alejandro Serenelli, quien se había enamorado de la dulce doncella con una pasión enfermiza, que traspasaba los linderos intangibles de un amor limpio y sublime.

Y es así, cuando al sentirse rechazado por la férrea convicción de la indefensa niña le propina catorce puñaladas que la hieren de muerte y la llevan al umbral del Eterno Paraíso.

¹ Docente de la Institución Educativa Municipal María Goretti.

Cuenta la historia que en el Hospital de San Juan de Dios, los médicos hacen todo lo posible para salvarla, la intervienen sin anestesia y con el mismo dolor de Aquel que murió en la cruz, la pequeña María soporta estoicamente este sacrificio bajo la mirada amorosa y compasiva de Dios Padre que, con el coro celestial, estaba ansioso de recibirla en su regazo.

Antes de entregar su alma pura al Creador, María recibe la santa comunión y la unción de los enfermos y con voz temblorosa perdona públicamente a Alejandro por el pecado cometido; como el mártir del calvario en el patíbulo de la cruz, tiene sed, pide un sorbo de agua y el 6 de julio de 1902 entrega su alma inocente, como blanca azucena, a quien fue a lo largo de su corta vida, el Amor de sus Amores: Cristo Jesús, el Hijo de Dios.

El asesino fue condenado a 30 años de prisión en una cárcel de Roma, sin mostrar el mínimo signo de arrepentimiento. Cuenta la tradición del pueblo de Corinaldo que Alejandro cambió de vida después de un sueño donde ve a María Goretti adornada con catorce nardos blancos, uno por cada puñalada. Arrepentido de tan atroz crimen muere en 1970, a la edad de 90 años, perteneciendo a la Tercera Orden en un convento capuchino.

“Por sobre los insalubres pantanos y el fango del mundo, se extiende un cielo inmenso de belleza”. Esta frase, pronunciada por Su Santidad el Papa Pio XII, el día de la canonización de *MARÍA GORETTI*, el 24 de junio de 1950, sitúa con exactitud dentro de su ambiente preciso, el caso de la Niña Mártir de Corinaldo.

En la ceremonia de canonización, en la Plaza de San Pedro en Roma, acompañaron a Pio XII la madre, dos hermanas y un hermano de María. Durante esta ceremonia su Santidad exaltó la virtud de la santa y los teólogos de la Iglesia católica afirman que por la vida que llevó, aun cuando no hubiera sido mártir, habría merecido ser declarada santa.

Pero, entre la multitud de feligreses, aquel día también se encontraba un grupo de niñas de escasos recursos económicos del barrio Danizine de la ciudad de Palermo (Italia), acompañado de un capuchino de ojos claros y serenos, vestido con el sayal de San Francisco y calzando las sandalias del Pescador de Galilea; sí, era él, el gran benefactor de la niñez y juventud, el padre Guillermo de Castellana, quien en enero de 1951 acampó en la ciudad de Pasto, para seguir cumpliendo su misión evangelizadora y redentora “para bien de los hombres, mis hermanos y Gloria de Dios”, como tantas veces él decía.

Querida comunidad educativa, este fue siempre un día de fiesta, gratitud imperecedera para el padre Guillermo de Castellana, maestro de maestros, apóstol insigne de la niñez y juventud, “peregrino del mundo y mendigo de amor”.

Desde su llegada a Pasto se propuso formar hombres y mujeres capaces de afrontar y enfrentar la vida con optimismo, responsabilidad y criterios de moralidad; niños y niñas con esperanza y con futuro, con sonrisas de alegría en el alma y no con la mueca de frustración y angustia; jóvenes y señoritas con voces de plegaria y canción y no de odio y soberbia; quiso una juventud femenina digna y valiente con horizontes diáfanos y de redención, bajo el amparo luminoso de la *Niña Virgen y Mártir, Santa María Goretti*, la santita de sus afectos y encantos, Patrona por siempre de la colosal Obra Educativa María Goretti, refugio de un sol que iluminará el camino de quien se eduque en ella.